

## Galicia: exterior con figuras

*Claudio Rodríguez Fer*

José Ángel Valente Docasar nació el 25 de abril de 1929 en Ourense, donde pasó su infancia y su adolescencia. Criado en el seno de una familia católica y conservadora, Valente llegó al uso de razón justo durante la guerra civil y esta condición de niño de la guerra aparecerá reflejada a menudo en su obra literaria, generalmente como precedente inmediato de su repudio de la oscura postguerra provinciana que le tocó padecer, paralelo a su instintiva solidaridad con los vencidos. Así recuerda, en la prosa gallega «Paxaro de prata morta», escrita en 1990, sus vivencias de aquella primera hora:

Eu tiña sete anos, neno de familia de ben e moi cristiá e de dereitas e cun tío frade, gracias sexan dadas a Deus, quen tiña morto naquel intre en moitas naciós, mais non na nosa invicta. O caso é que a min, na invicta, todos parecíanme vencidos, que tamén poderíamos dicir apagullados ou dados. Penso, nembargantes, que algúns andaban máis estroncados que outros.

Cecáis por iso, meu pai levoume visitar ós seus máis apagullados amigos. Chamábanlles roxos, inda que pola coor –home roxo, can rabelo– un non se decatara tanto. Levoume cabo deles ó Mosteiro de Oseira. Si, alí fiquei eu, neno, ollando ós roxos. Eles tamén me ollaran e non sei ben qué sorte de troque houbo nise ollar. Endexamáis o esquecerei. Roxos, polo seu malfado, ben se vía que o eran, coitados.

Entre eles, o Abelardo da chocolatería, que foi fornecedor dourado da miña meniñeza. Ficaba un sobrecolido e cáseque con ganas de chorar. E non había para facelo nin causa nin porqué, supoño agora. Aqueles roxos tiñan sorte. Ian sobrevivindo. Estaban alí. Outros non estaban. Ou nunca estiveron. Para sempre. (1996: 81-83)

No obstante, el paisaje humano de su Galicia natal fue perfilando en su vida y en su obra una serie de figuras indispensables para conocer las mismas: la siempre madre, el abuelo, la madre, el padre, el agitador, el franciscano, el extraviado y, por supuesto, las primeras portadoras de la luz y los primeros reveladores de la palabra. Prescindiendo de estos últimos

–Alfonso X y los trovadores medievales, Rosalía de Castro y la tradición popular, Vicente Risco y el grupo *Nós*, Manuel Antonio y los vanguardistas truncados por la guerra civil (Rafael Dieste, Luis Pimentel)–, de cuya presencia en Valente ya nos hemos ocupado al considerar su entroncamiento con la literatura gallega (1992: 100-109 y 1996: 33-37), quisiéramos destacar ahora aquellas otras figuras no menos importantes en su obra, aunque muchas de ellas pertenezcan tan sólo a la intrahistoria vivida por el poeta.

### La siempremadre

Sin duda, la figura familiar que aparece con mayor fuerza y frecuencia en su obra es su tía Lucila Valente, auténtica matriarca de la numerosa familia del poeta, compuesta por sus padres y sus seis hermanos. Esta es la razón de que sea ella quien realmente represente en la producción valentiana la figura materna en las primeras elegías que le dedica ya en *A modo de esperanza* (1955), su primer libro: la precisamente titulada «Lucila Valente», «Aniversario» y «Destrucción del solitario». La primera de ellas, donde la recuerda casi mesiánicamente como «siempremadre», resultaría ser uno de los poemas más conocidos de Valente:

Estuvo en pie, vivió,  
fue risa, lágrimas,  
alegría, dolor,  
pero amaba la vida.

Caminó entre nosotros.

La mañana era cosa  
de sus manos alegres,  
zurcidoras, abiertas.

Solía alimentarnos  
de pétalos o besos  
sin cesar desprendidos.

Dejó su nombre puro  
solo frente a la noche:  
Lucila o siempremadre.

Ahora yace aquí,  
donde la lluvia canta  
al pie de un montealegre.

Bajo la tierra el agua  
acaricia sus huesos.

Ella amaba la vida. (1980: 14)

No obstante, tan decisiva figura reaparecerá más veces en su obra, como por ejemplo en el poema de recordatorio «Otro aniversario», incluido en *La memoria y los signos* (1966). (Lucila será, además, el nombre que ponga el poeta a su primera hija).

## El abuelo

Otra figura vital y poéticamente importante para Valente fue su abuelo materno, Benjamín Docasar, médico rural de recia personalidad, talante respetuoso y temperamento independiente, que prefería la vida en la aldea y el trato con el pueblo al ambiente provinciano de la ciudad. Valente lo definió como un personaje mítico en su infancia, tal como refleja el poderoso poema «Hombre a caballo», que se incluyó en el libro *El inocente* (1970) y que comienza:

Venías a caballo.

La infancia se llenaba de rebeldes metales.

Erguido y solo,  
joven abuelo mío, en una estampa  
que ya era entonces de otro tiempo.

Tú venías vestido de ti mismo  
y trajeado de tu propia hombría.  
Nunca hablabas de ti.  
Eras firme y secreto.  
Y sin saber por qué  
ocupaba más sitio tu persona  
que muchos hombres juntos. (1980: 324-325)

El final del poema evoca «el llanto ritual / bajo la tenue luz de la tierra nativa» que presencié Valente durante el multitudinario e impresionante entierro de su abuelo, realizado a la antigua usanza rural galaica y cuyo eco perdura hasta la tercera composición de sus *Cántigas de alén*, serie de poemas en gallego que comenzó a publicar en 1981:

Estou no adro  
onde aquel día o grande corpo  
do meu abó ficou.  
Inda oio o pranto. (1996: 49)

## La madre

Precisamente en función de este abuelo materno –el poeta no llegó a conocer a sus abuelos paternos, muertos a consecuencia de la gripe de 1918–, aparece también en su obra la madre, Purificación Docasar, a quien se dirige, justamente, en la última cántiga mencionada: «Escoita, mai, voltei». En realidad, todo este poema se configura en torno al motivo del regreso, por lo que la figura materna se confunde con la tierra nativa y con el mito del lugar del origen:

Voltei. Nunca partira.  
  
Alongarme somente foi o xeito  
de ficar para sempre. (1996: 49)

## El padre

Su padre, el industrial Marcial Valente, era un hombre de profundas convicciones católicas, que inculcó en su hijo, pero ello no impidió que tuviera problemas durante la guerra civil con las autoridades de su propio bando por negarse a participar en la represión, como también recordó el poeta en «Paxaro de prata morta»:

Meu pai, inda que dereiteiro e do Corpo dos cabaleiros de Santiago, ou falanxes de segunda línea, negouse a saír ó mencer nos camiós –pra que tiña que ter saído, nós os cativos non o sabiamos– e foi arrestado. Ninguén nos crarexaba o segredo. Nós íamolo ver no arresto e el ficaba malencónico. (1996: 83).